

## SEGUNDA PARTE

---

*La sombra:* Hace tanto tiempo que no te he oído hablar, que quisiera darte ocasión de ello.

*El viajero:* Se habla: ¿dónde y quién? Paréceme que casi me oigo hablar á mí mismo, sólo que, con una voz más débil, que no es la mía.

*La sombra* (después de una pausa): ¿No te alegras de tener una ocasión de hablar?

*El viajero:* Por Dios y todas las cosas en las cuales no creo, habla, ¡oh sombra!: la oigo, pero no creo.

*La sombra:* Supongamos que eso sea así, y no reflexionamos más en ella; en una hora todo acabará.

*El viajero:* Eso es precisamente lo que yo pensaba, cuando en un bosque, en los alrededores de Pisa, vi primero dos, después cinco cabañas.

*La sombra:* Tanto mejor si somos pacientes para con nosotros mismos, ambos del mismo modo, una vez que nuestra razón se calla; de esa suerte no tendremos palabras agrias en la conversación, y no pondremos en seguida el bozal al otro, si por fortuna sus palabras no son incomprensibles. Si no se sabe responder punto por punto, hasta que se diga algo: esta es la condición justa que pongo al conversar con alguien. En una conversación algo larga, el más sabio se convierte una vez en loco y tres veces en imbécil.

*El viajero:* Tu poca exigencia no es halagadora para aquel á quien la confiesas.

*La sombra:* ¿Debo halagar?

*El viajero:* Pensé que la sombra del hombre era su vanidad: pero ésta no preguntaría: ¿debo halagar?

*La sombra:* La vanidad del hombre, según yo la entiendo, no pregunta, como yo lo he hecho dos veces, si puede hablar: habla siempre.

*El viajero:* Noto, primero, cuán descortés soy para contigo, querida sombra: aún no te he dicho una palabra de cómo me alegro de oírte y no sólo de verte. Sabrás que amo la sombra como amo la luz. Para que haya belleza del semblante, claridad de la palabra, bondad y firmeza del carácter, la sombra es tan necesaria como la luz. No son enemigas: se llevan amigablemente de la mano, y, cuando la luz desaparece, la sombra se escapa en su persecución.

*La sombra:* Y yo odio lo que tú odias: la noche; amo á los hombres porque son discípulos de la luz y me alegro de la claridad que hay en sus ojos, cuando conocen y descubren los infatigables conocedores y descubridores. Esta sombra que todos los objetos tienen, cuando el rayo del sol de la ciencia cae sobre ellos; yo soy esta sombra.

*El viajero:* Creo comprenderte, aunque te hayas expresado á la manera de las sombras. Pero tenías razón: los buenos amigos pronuncian de cuando en cuando, por signo de inteligencia, una palabra oscura, que para todo tercero debe ser un enigma. Y nosotros somos buenos amigos. Pero ya basta de preliminares. Pesan sobre mi alma algunos centenares de cuestiones, y el tiempo en que podrás responder á ellas, es quizá muy corto. Veamos de qué conversaremos á todo prisa y en toda paz.

*La sombra:* Pero las sombras son más tímidas que los hombres: no darás parte á nadie de la manera cómo hemos conversado juntos.

*El viajero:* ¿De la manera cómo hemos conversado juntos? ¡El cielo me libre de los diálogos que arrastran sus hilos por escrito! Si Platón hubiese sentido menos placer en ese hilaje, sus lectores hubieran sentido más placer en Platón. Una conversación que alegra, en la realidad es, transformada y leída por escrito, un cuadro cuyas perspectivas son todas falsas: todo es demasiado largo ó demasiado corto. Sin embargo, quizá podría formar parte de *aquello en que nos hemos puesto de acuerdo*.

*La sombra:* Eso me basta; porque todos no reconocerán en ello más que tus opiniones; en la sombra ninguno pensará.

*El viajero:* ¿Abusas acaso, amiga? Hasta ahora, en mis opiniones, se ha tenido más en cuenta á la sombra que á mí mismo.

*La sombra:* ¿Más bien á la sombra que á la luz? ¿Es posible?

*El viajero:* ¡Has de ser seria, loquilla! Ya mi primera cuestión requiere seriedad.

LIBRARY OF THE  
"ALFONSO X" INSTITUTE  
1913

1.—*Del árbol de la ciencia.*

Verosimilitud, pero no verdad; apariencia de libertad, pero no libertad; á causa de esos dos frutos, el Árbol de la Ciencia no se expone á confundirse con el Árbol de la Vida.

2.—*La razón del mundo.*

El mundo *no es el SUBSTRATUM* de una razón eterna; y esto puede probarse definitivamente por el hecho de que esta *porción del mundo* que conocemos (quiero decir, nuestra razón humana), no es muy razonable. Y si no es en todo tiempo y completamente sabia y racional, el resto del mundo no lo será: el razonamiento *a minori ad majus, a parte ad totum*, es aplicable aquí y con una fuerza decisiva.

3.—*«En el principio era...»*

Exaltar los orígenes es el *exceso* metafísico que se manifiesta en la concepción de la historia, y hace pensar en absoluto que *en el principio* de todas las cosas se encuentra lo que hay de más precioso y de más esencial.

4.—*Medida del valor de la verdad.*

Para la altura de las montañas, la molestia que se toma en trepar á ellas no es de ningún modo una unidad de medida. ¡Y en la ciencia ha de ser de otra suerte!—dicen algunos que quieren pasar por iniciados;—el trabajo que cuesta una verdad ha de decidir preci-

samente del valor de esta verdad. Esta moral absurda parte de la idea de que las «verdades» no son propiamente nada más que aparatos gimnásticos, en que debiéramos trabajar fogosamente hasta fatigarnos: moral para atletas y gimnastas del espíritu.

5.—*Lenguaje y realidad.*

Hay un desprecio hipotético de todas las cosas que en realidad consideran los hombres como más importantes *de todas las cosas próximas*. Dicese, por ejemplo: «No se come más que para vivir»; *mentira* execrable, como el que habla de la procreación de los hijos como del objeto propio de toda voluptuosidad. Por el contrario, el gran aprecio de las «cosas importantes» no es casi nunca completamente verdadero: aunque los sacerdotes y los metafísicos nos hayan acostumbrado en estas materias á un *lenguaje* hipócritamente exagerado, no han conseguido cambiar el sentimiento que no atribuye á esas cosas importantes tanta importancia como á cosas próximas despreciadas. Falta una molesta consecuencia de esta doble hipocresía: que no se hace de las cosas próximas, por ejemplo de la comida, de la habitación, del traje, de las relaciones sociales, el objeto de una reflexión y reforma continua, libre de prejuicios y *general*; sino que, pasando esto por degradante, se desvía su aplicación intelectual y artística: si bien, de una parte, la habituación y la frivolidad dominan al elemento impremeditado, por ejemplo, á la juventud sin experiencia, una victoria fácil, mientras que por otra nuestras continuas infracciones de las leyes más sencillas del cuerpo y del espíritu nos inducen á todos, jóvenes y viejos, á una vergonzosa dependencia y

servidumbre; quiero decir, á esta dependencia, en el fondo superflua, de los médicos, profesores y curadores de las almas, cuya presión se ejerce todavía ahora sobre la sociedad entera.

6.—*La imperfección terrestre y su causa principal.*

Cuando mira uno á su alrededor, tropieza continuamente con hombres que toda su vida han comido huevos, sin observar que los más extenuados son los más golosos, que no saben que un huracán es provechoso al vientre, que los perfumes son más olorosos en un aire frío y claro, que nuestro sentido del gusto no es idéntico en todas las partes de la boca, que toda comida en que se dicen ó se escuchan buenas cosas causa perjuicio al estómago. Por más que no se satisfaga de esos ejemplos de la falta de espíritu de observación, no se debe confesar que *las cosas más mundanas* son mal vistas por la mayoría de las personas, y muy rara vez estudiadas. ¿Y es eso indiferente? Considérese, por último, que de esa falta derivan *casi todos los vicios corporales y morales* de los individuos: no saber lo que nos es perjudicial en la combinación de la existencia, la división de la jornada, el tiempo y la elección de las relaciones, en los quehaceres y el ocio, el mandato y la obediencia, las sensaciones de la naturaleza y del arte, el comer, el dormir y el reflexionar; ser ignorante *en las cosas más mezquinas y en las más usuales*; esto es lo que hace de la tierra para tantas personas «un campo de perdición». No que se trata en esto como en todo de *la falta de razón* en los hombres: al contrario, hay razón bastante y sobrante, pero se le da *una dirección falsa y artificialmente desviada* de estas cosas mezquinas y próximas. Los

sacerdotes, los profesores y la sublime ambición de los idealistas de todas clases, de la grosera y de la delicada, persuaden ya al niño de que se trata de otra cosa muy distinta: de la salvación del alma, del servicio del Estado, del progreso, de la ciencia, ó bien de consideración y de propiedad, como del medio de prestar servicios á la humanidad entera, en lugar de que las necesidades del individuo, grandes y pequeñas, en las veinticuatro horas del día, son, dicese, algo despreciable ó indiferente. Sócrates ya se ponía en guardia con todas sus fuerzas contra esta orgullosa negligencia de lo humano en provecho del hombre, y gustaba de recordar, con una cita de Homero, los límites y el objeto de todo cuidado y de toda reflexión: «Estos límites y este objeto son, decía, lo que me ocurre, bueno ó malo, y sólo lo que me ocurre.»

7.—*Dos formas de consuelo.*

Epicuro, el hombre que calmó las almas de la anti-güedad moribunda, tuvo esta comprensión admirable tan rara de encontrar hoy todavía, que, para la tranquilidad de la conciencia, la solución de los problemas teóricos últimos y definitivos no es del todo necesaria. Bastábale así decir á las personas á quienes atormentaba la *inquietud de lo divino*: «Si hay dioses, no se ocupan de nosotros»; en lugar de disputar infructuosamente y desde lejos sobre este problema último: saber si hay dioses. Esta suposición es mucho más favorable y más enérgica: se ceden algunos pasos al otro y así se le dispone más á escuchar y reflexionar. Pero desde el momento en que se impone uno el deber de mostrar lo contrario (á saber, que los dioses se ocupan de nosotros), ¡en qué laberintos y en qué zarzas

debe enmarañarse el desdichado, por culpa suya, no por la astucia del interlocutor, que sólo debe tener bastante humanidad y delicadeza para ocultar la compasión que le causa ese espectáculo! Al fin, el otro llega al disgusto (el argumento más fuerte contra toda proposición), al disgusto de su opinión propia; se entibia, y se va con la misma disposición que el ateo puro: «¡Qué me importan los dioses! ¡el diablo los lleve!» En otros casos, particularmente cuando una hipótesis semifísica, semimoral, había ennegrecido la conciencia, no refutaba esta hipótesis, sino que concedía que eso podía ser: pero que había *una segunda hipótesis* para explicar el mismo fenómeno: que acaso la cosa podía ocurrir de otro modo. *La pluralidad* de las hipótesis basta todavía en nuestra época, por ejemplo, á propósito del origen de los escrúpulos de conciencia, para despojar al alma de esa sombra que nace fácilmente de los refinamientos de una hipótesis única visible, y por cien veces empleada. Quien desease proporcionar consuelo á los infortunados, á los criminales, á los hipocondríacos, á los moribundos, no tiene más que acordarse de los dos artificios calmantes de Epicuro, que pueden aplicarse á muchos problemas. Bajo su forma más sencilla, se expresarían casi en esos términos: primeramente, supuesto que sea así, eso no nos importa nada; en segundo lugar, puede ser así, pero puede ser también de otro modo.

#### 8.—*Por la noche.*

Desde que comienza la noche, nuestra impresión sobre los objetos familiares se transforma. El viento vaga por caminos extraviados, cuchicheando como si

buscase algo, enfadándose de no encontrarlo. El fulgor de las lámparas, con sus rayos turbios y rojizos, su claridad cansada luchando contra la noche, esclavo impaciente del hombre que vela. La respiración del durmiente, con su ritmo inquietante, sobre el cual un ruido siempre renaciente parece sonar una melodía; no la oímos, pero cuando el pecho del durmiente se abra, nos sentimos con el corazón oprimido y, cuando el soplo disminuye, casi expirante en un silencio de muerte, nos decimos: «¡Reposa un poco, pobre espíritu atormentado!» Deseamos á todo vivo, puesto que vive en esa opresión, un reposo eterno; la noche invita á la muerte. Si los hombres prescindiesen del sol, y con el fulgor de la luna y la luz del petróleo declarasen la guerra á la noche, ¡qué filosofía los envolvería en sus velos! Se observa ya muy bien en el ser intelectual y moral del hombre, cómo por esta mitad de tinieblas y ausencia del sol que viene á oscurecer la vida, se ha hecho sombrío en resumen.

#### 9.—*Dónde ha nacido la teoría del libre arbitrio.*

Sobre uno *la necesidad* se cierne bajo la forma de sus pasiones; sobre otro, la costumbre es escuchar y obedecer; sobre el tercero, la conciencia lógica; sobre el cuarto, el capricho y el placer fantástico en saltar las páginas que lee. Pero todos cuatro buscan precisamente su *libre arbitrio* donde cada uno está más sólidamente encadenado: es como si el gusano de seda emplease su libre arbitrio en hilar. ¿De dónde eso viene? Evidentemente de que cada uno se tiene más por libre allí donde su *sentimiento de vivir* es el más fuerte, partiendo, como he dicho, tan pronto de la pasión, como del deber, como de la investigación cientí-

fica, como de la fantasía. Aquello por lo cual el individuo es fuerte, aquello en lo cual se siente animado de vida, cree involuntariamente que eso debe ser también el elemento de su libertad: une la dependencia y la torpeza, la independencia y el sentimiento de vivir como parejas inseparables. En ese caso, una experiencia que el hombre ha hecho sobre el terreno político y social, se transporta al terreno metafísico transcendental: allí el hombre fuerte es también el hombre libre; allí el sentimiento vivaz de alegría y de sufrimiento, la altura de las esperanzas, la audacia del deseo, la fuerza del odio, son el patrimonio del soberano y del independiente, mientras que el súbdito, el esclavo, vive oprimido y estúpido. La teoría del libre arbitrio es una invención de las clases *directoras*.

10.—*No sentir nuevas cadenas.*

Mientras no nos *sentimos* depender de algo, nos tenemos por independientes; conclusión errónea que demuestra cuál es el orgullo y la sed de dominación del hombre. Porque admite aquí que en todas circunstancias debe observar y reconocer su independencia, tan pronto como la sufre, á consecuencia de la idea preconcebida de que *de ordinario* vive en la independencia, y que, si viene á perderla excepcionalmente, sentirá inmediatamente un contraste de impresión. Pero ¿cómo, si lo contrario era cierto, que vivió *siempre* en una múltiple dependencia, pero que *se tuvo* por libre donde, por una larga habituación, no siente la presión de las cadenas? Sólo las cadenas *nuevas* le hacen sufrir todavía: «libre arbitrio» no quiere decir propiamente otra cosa que el hecho de no sentir nuevas cadenas.

11.—*El libre arbitrio y el aislamiento de los hechos.*

La observación inexacta que nos es habitual, toma un grupo de fenómenos para una unidad, y le llama un hecho: entre él y otro hecho, se representa un espacio vacío y *aisla* cada hecho. Pero en realidad, el conjunto de nuestra actividad y de nuestro conocimiento no es una serie de hechos y de espacios intermedios vacíos, es una corriente continua. Sólo la creencia en el libre arbitrio es precisamente incompatible con la concepción de una corriente continua, homogénea, indivisible: supone que *toda acción particular es aislada é indivisible*; es una *atomística* en el dominio del querer y del saber. Del mismo modo que comprendemos inexactamente los caracteres, hacemos otros tantos hechos: hablamos de caracteres idénticos, de hechos idénticos: *no existe ni uno ni otro*. Pero al fin no damos elogio y censura sino bajo el influjo de esta idea falsa que hay hechos *idénticos*, que existe un orden graduado de *géneros*, de hechos, el cual responde á un orden graduado de valor: así *aislamos* no sólo el hecho particular, sino también á su vez los grupos de los hechos llamados idénticos (actos de bondad, de perversidad, de compasión, de envidia, etc.), los unos y los otros por error. La palabra y la idea son la causa más visible que nos hace creer en este aislamiento de grupos de acciones: no nos servimos solamente de ellas para *designar* las cosas; creemos primitivamente que por ellas percibimos su *esencia*. Las palabras y las ideas nos llevan ahora á representarnos constantemente las cosas como más sencillas de lo que son, separadas unas de otras, indivisibles, teniendo cada una existencia en sí y por sí. Hay oculta en el *lenguaje* una mitología filosófica que

á cada instante reaparece, por muchas precauciones que se tomen. La creencia en el libre arbitrio, es decir, la creencia en los hechos *idénticos* y en los hechos *aislados*, posee en el lenguaje un apóstol y un representante perpetuo.

12.—*Los errores fundamentales.*

Para que el hombre experimente un placer ó un disgusto moral cualquiera, es preciso que esté dominado por una de estas dos ilusiones: ó bien cree en la *identidad* de ciertos hechos, de ciertos sentimientos: entonces siente, por la comparación de estados actuales con estados anteriores y por la identificación ó la diferenciación de esos estados (tal como se efectúa en todo recuerdo), un placer ó un disgusto moral; ó bien cree en el *libre arbitrio*, por ejemplo, cuando piensa: «Yo no debiera haber hecho eso»; «eso hubiera podido acabar de otro modo», y por eso siente igualmente placer ó disgusto. Sin los errores que obran en todo placer ó disgusto moral nunca se habría producido una humanidad cuyo sentimiento fundamental es y seguirá siendo que el hombre es el ser libre en el mundo de la necesidad, el eterno *obrador de milagros*, haga bien ó mal, la asombrosa excepción, el sobreanimal, el cuasi-Dios, el sentido de la creación, el que no puede suprimirse con el pensamiento, la solución del enigma cósmico, el gran dominador de la naturaleza y su gran despreciador, el ser que llama *su historia á la historia universal. Vanitas vanitatum homo.*

13.—*Decir dos veces las cosas.*

Es bueno expresar una cosa dos veces, y darle un pie derecho y un pie izquierdo. Es cierto que la ver-

dad puede tenerse sobre un pie; pero con dos caminará.

14.—*El hombre cómico del mundo.*

Sería preciso que hubiera seres más espirituales que el hombre para saborear á fondo el humorismo que hay en que el hombre se considere como el fin de todo el universo, y de que la humanidad declare seriamente no contentarse con menos que con la perspectiva de una misión universal. Si un Dios ha creado el mundo, ha creado al hombre para ser *el mono de Dios*, como un perpetuo tema de alegría en sus eternidades demasiado largas. La armonía de las esferas en torno de la tierra, podría ser entonces el estallido de risa de todo el resto de las criaturas que rodean al hombre. El dolor sirve á este inmortal aburrido para cosquillear á su animal favorito, para recrearse en sus actitudes, altaneramente trágicas, y en las explicaciones de sus propios sufrimientos, sobre todo, en la invención intelectual de la más vana de las criaturas, siendo el inventor de este inventor. Porque el que imaginó al hombre para reirse de él, tenía más ingenio que él, y tenía también un ingenio más alegre. Aun en esto en que nuestra humanidad quiere al fin humillarse voluntariamente, la vanidad nos juega una mala partida, haciéndonos pensar que nosotros, los hombres, seríamos, al menos *en esta vanidad*, algo incomparable y milagroso. ¡Nosotros, únicos en el mundo! ¡Ah, eso es demasiado inverosímil! Los astrónomos, que realmente ven á veces un horizonte alejado de la tierra, dan á entender que la gota de *vida* en el mundo, no tiene importancia para el carácter total del inmenso océano de la evolución y de la nada; que astros de que no se tiene noticia, presentan con-

diciones análogas á las de la tierra para la producción de la vida; que son, pues, muy numerosos (pero, en realidad, apenas son un puñado en comparación de los infinitos que nunca han tenido el primer impulso de la vida, ó que desde hace mucho tiempo han desaparecido); que la vida en cada uno de esos astros, comparada con la duración de la existencia del hombre, ha sido un momento, una chispa, seguida de largos lapsos de tiempo; y, por lo tanto, que la vida del hombre no es, en manera alguna, el fin último de su existencia. Tal vez la hormiga en el bosque se figure también que es el fin de la existencia del bosque, como hacemos cuando, en nuestra imaginación, unimos casi involuntariamente á la destrucción de la humanidad la destrucción de la tierra; todavía somos modestos cuando nos atenemos á eso, y no organizamos, para festejar los funerales del último mortal, un crepúsculo general del mundo y de los dioses. El astrónomo más libre de prejuicios, no puede representar la tierra sin vida más que como la tumba iluminada y flotante de la humanidad.

15.—*Modestia del hombre.*

¡Qué poco placer les basta á la mayoría de los hombres para encontrar buena la vida! ¡Qué modestia la del hombre!

16.—*En qué es necesaria la indiferencia.*

Nada sería más absurdo que esperar lo que la ciencia establezca definitivamente conclusiones sobre las cosas primeras y últimas, y hasta entonces pensar á la manera tradicional (¡y, sobre todo, creer así!), como muchas veces se ha aconsejado. La tendencia á querer poseer *certeza* absoluta sobre esas materias,

es un *exceso religioso*, nada más; una forma disfrazada y escéptica sólo en apariencia de la «necesidad metafísica», á la que se agrega la idea preconcebida de que por mucho tiempo no se obtendrán esas certezas definitivas, y de que hasta entonces el «creyente» tiene derecho á no preocuparse de todo ese orden de hechos. No tenemos *necesidad* absoluta de esas certezas que se agrupan en torno del distante horizonte para vivir una vida humana y sólida: como tampoco la hormiga tiene menester de ellas para ser una buena hormiga. Más bien nos será necesario poner en claro de dónde proviene la fatal importancia que hemos atribuido desde hace tanto tiempo á estas cosas, y para eso necesitamos conocer la *historia* de los sentimientos morales y religiosos. Porque sólo bajo la influencia de esos sentimientos, se han hecho para nosotros tan graves y tan temibles esos problemas culminantes del conocimiento: se han introducido de contrabando en los dominios más exteriores, *hacia los cuales* el ojo del espíritu se dirige sin penetrar *en ellos*, conceptos como los de culpa y de pena (¡y hasta de pena eterna!); y eso, con tantos menos escrúpulos, cuanto que esos dominios eran más oscuros para nosotros. Se ha imaginado desde la antigüedad aquello de que nada se podía asegurar, y se ha persuadido á la descendencia que admitiese esas imaginaciones como cosa seria y como verdad, usando como último triunfo de esta proposición execrable: que creer vale más que saber. Ahora bien; lo que es necesario, frente á esas cosas últimas, no es el saber opuesto á la creencia, sino *la indiferencia respecto de la creencia y del supuesto saber* en esas materias. Cualquier otra cosa debe tocarnos más de cerca que lo que hasta ahora se nos ha predicado como más importante, es decir, es-

tas cuestiones: ¿Cuál es el fin del hombre? ¿Cuál es su destino después de la muerte? ¿Cómo se reconcilia con Dios? y todas las expresiones posibles de esas *curiosas* (1). Así como no nos atañen esas cuestiones de los dogmáticos religiosos, tampoco nos interesan las de los dogmáticos filosóficos, sean idealistas, materialistas ó realistas. Todos se ocupan de inducirnos á una decisión sobre materias, en que ni creencia ni saber son necesarios; aun para el más enamorado de la ciencia, es más provechoso que alrededor de todo lo que es objeto de investigación y accesible á la razón, se extienda un falaz circuito de marisma nebulosa, una oleada de algo impenetrable, eterno é indeterminable. Precisamente por la comparación con el reino de lo oscuro, en los confines de la tierra del saber, el mundo de la ciencia, claro y próximo, muy próximo, *crece* sin cesar en valor. Es preciso que volvamos á ser buenos vecinos de los objetos próximos, y que no dejemos, como hemos hecho hasta ahora, que nuestra mirada pase con desprecio por encima de ellos para dirigirse hacia las nubes y los espíritus de la noche. En bosques y cavernas, en tierras pantanosas y bajo cielos nublados, es donde el hombre ha vivido por mucho tiempo, donde ha vivido pobremente en los diversos grados de civilización de siglos y siglos. Allí *ha aprendido á despreciar* lo presente, lo próximo, á la vida y á sí mismo; y nosotros, nosotros que habitamos las llanuras más luminosas de la naturaleza y del espíritu, contraemos todavía, por herencia, en nuestra sangre, algo de ese veneno del desprecio hacia las cosas próximas.

(1) Palabra latina empleada con gran propiedad por Nietzsche, á falta de otra en su idioma.—(N. DEL T.)

### 17.—*Explicaciones profundas.*

El que ha dado del pasaje de un autor una *explicación más profunda* que lo era la concepción, no ha explicado al autor, lo ha *oscurecido*. Tal es la situación. Tal es la situación de nuestros metafísicos respecto del texto de la naturaleza, ó peor todavía. Porque para dar sus explicaciones profundas, comienzan muchas veces por conformar á ellas el texto; es decir, que lo *corrompen*. Para dar un ejemplo curioso de corrupción del texto y de oscurecimiento del autor, reproducimos aquí las ideas de Schopenhauer sobre la preñez de las mujeres. «El indicio de la persistencia del deseo de vivir en el tiempo, dice, es el coito: el indicio del fulgor de conocimiento asociado á esa voluntad, que manifiesta la posibilidad de la liberación, y eso en el mayor grado de claridad, es la encarnación nueva del deseo de vivir. El signo de ésta es la preñez que, por esta razón, se ostenta franca y libremente, hasta altaneramente, mientras que el coito se oculta como un criminal.» Supone que *toda mujer*, si fuese sorprendida en el acto de la generación, moriría de vergüenza, pero que «*manifiesta su preñez con un vestigio de vergüenza, hasta con una especie de orgullo*». Ante todo, este estado no se deja ostentar fácilmente, sino que *más bien* se ostenta por necesidad; pero Schopenhauer, al no investigar con exactitud la premeditación de esta ostentación, prepara su texto para que se acomode á la «*explicación*» ya preparada. Además, lo que dice de la generalidad del fenómeno que quiere explicar, no es cierto: habla de «*toda mujer*»; pero muchas, especialmente las jóvenes, revelan en este estado gran vergüenza, aun enfrente de